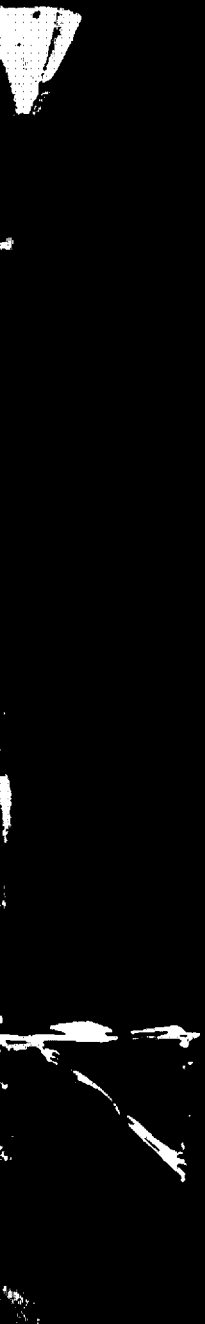
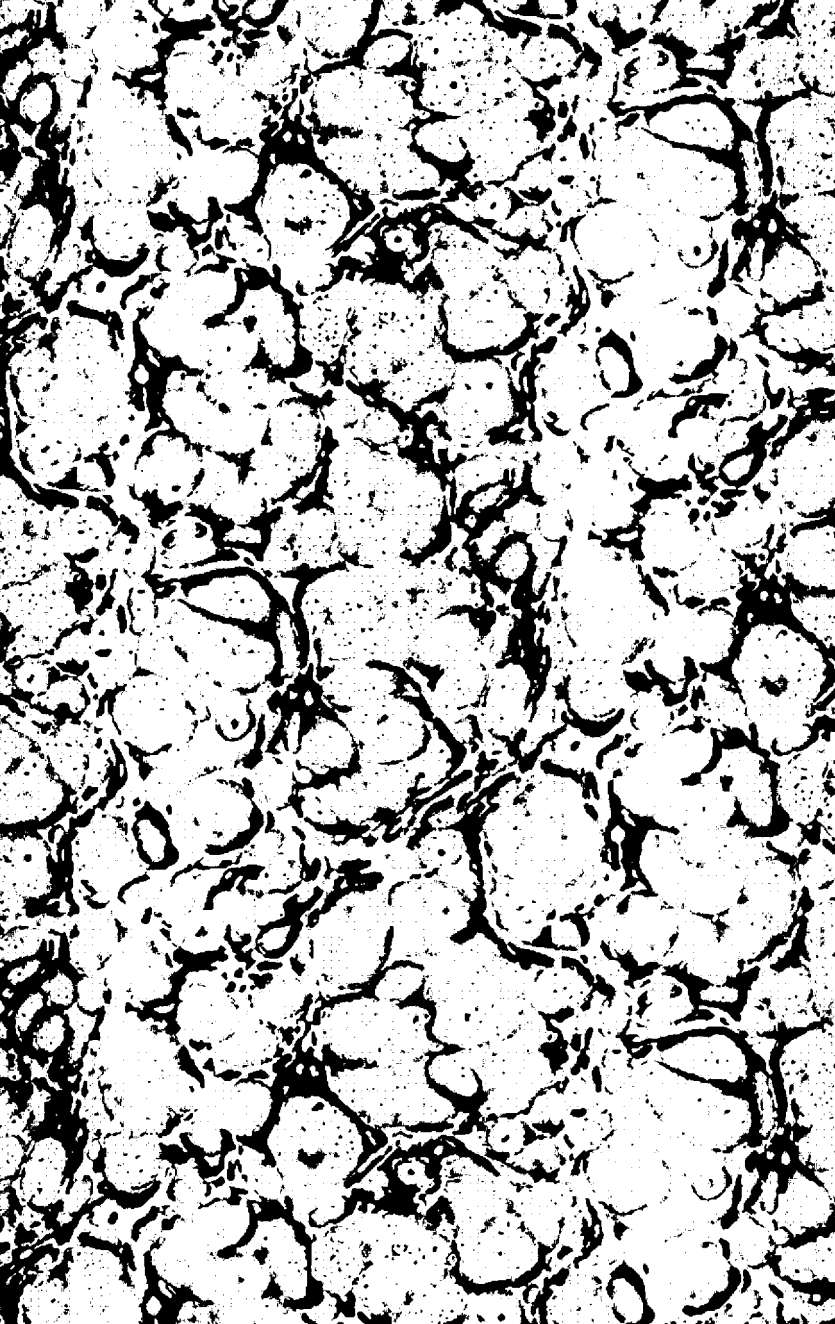
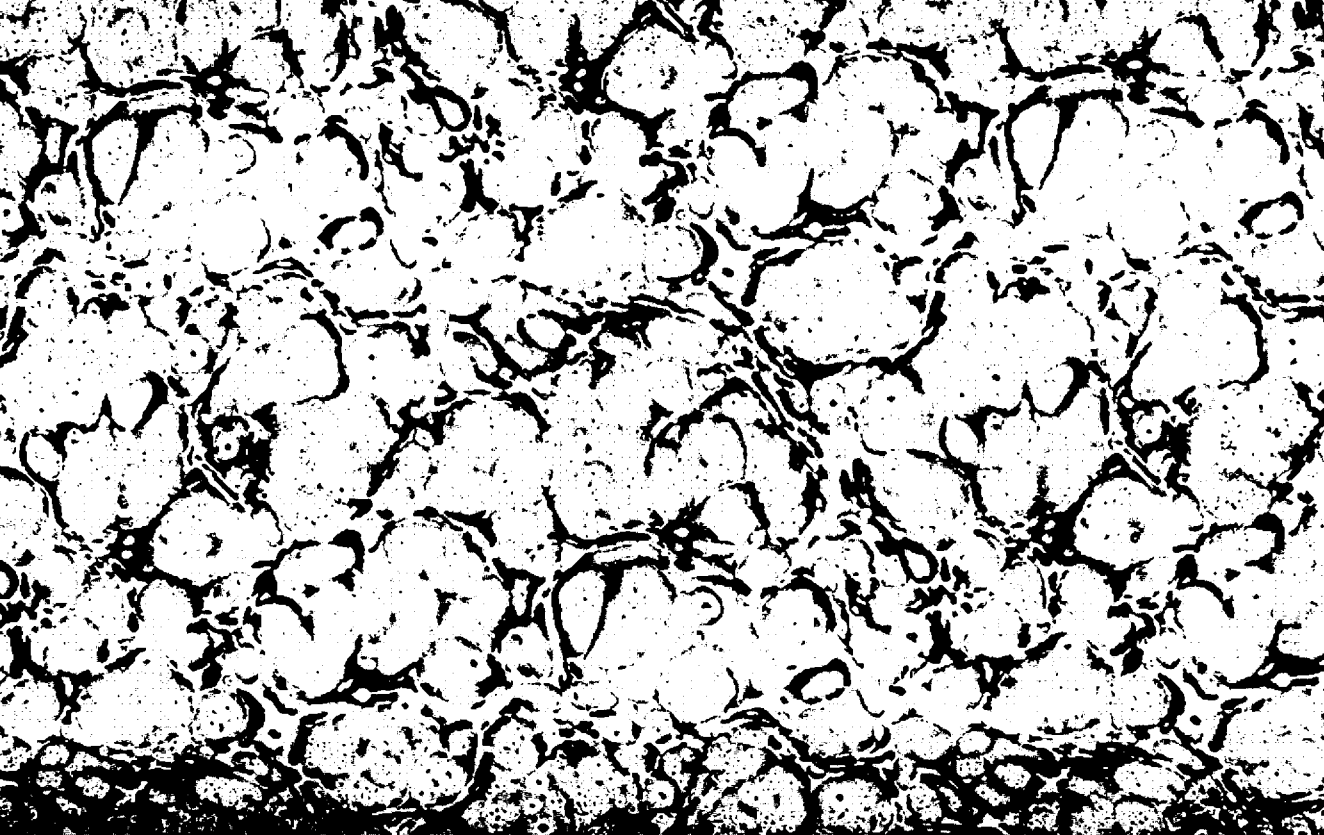
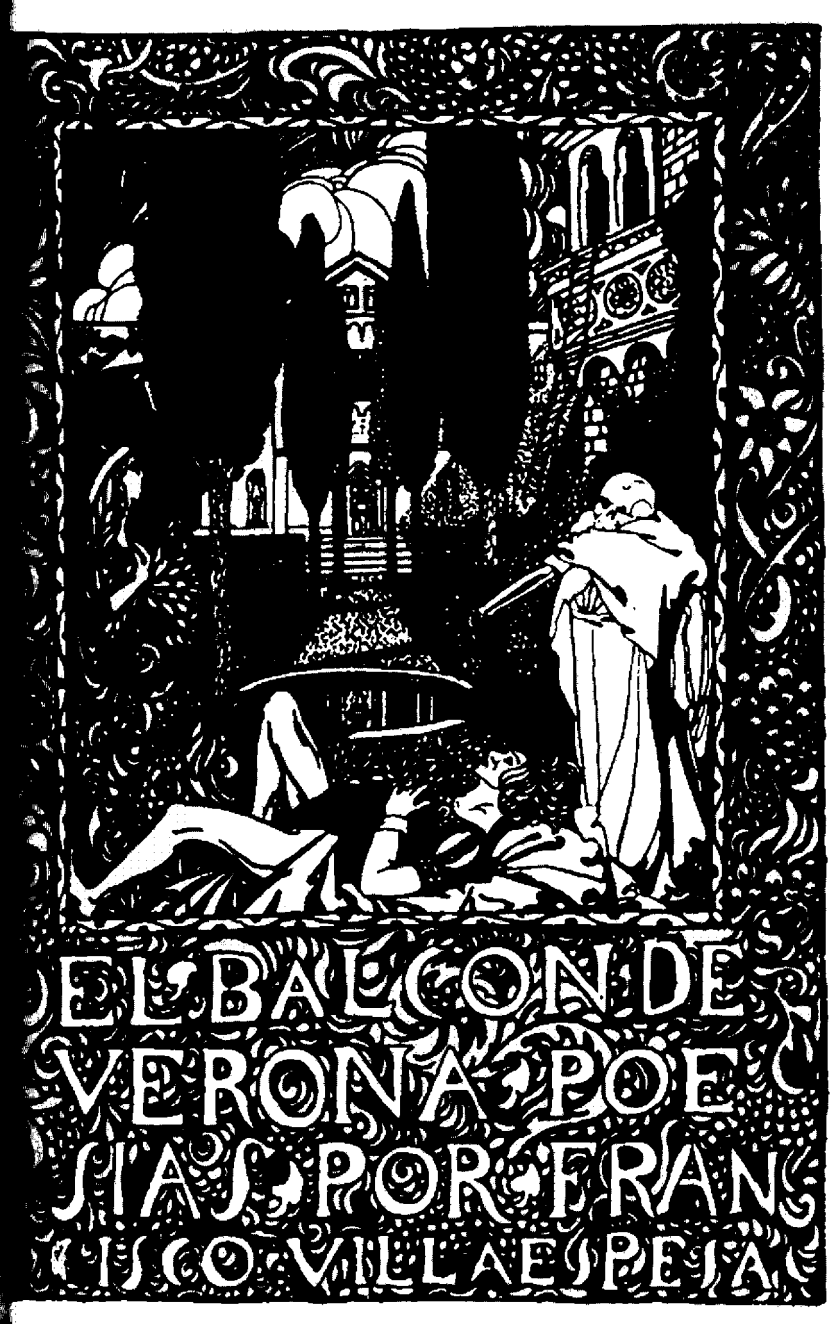







EL BALCON DE
VERONA POE
SIAS POR FRAN
CISCO VILLAESPESA

EL BALCÓN DE VERONA

OBRAS DE VILLAESPESA

POESÍA

Intimidades.
Flores de almendro.
Luchas.
Confidencias.
La copa del Rey de Thule.
El alto de los bohemios.
Rapsodias.
Las canciones del camino.
Tristitiæ Rerum.
Carmen.
El Patio de los Arrayanes.
Viaje sentimental.
El mirador de Lindaraxa.
El libro de Job.
El jardín de las Quimeras.
Las horas que pasan.
Saudades.
In memoriam.
Bajo la lluvia.
Torre de marfil.
Andalucía.
Los remansos del crepúsculo.
El espejo encantado.
Collares rotos.
Los panales de oro.
El balcón de Verona.

Palabras antiguas.

PROSA

El milagro de las rosas.
El último Abderramán.
La venganza de Aischa.
Zarza florida.
Breviario de amor.
Vida y Arte:
I Julio Herrera Reissig.
Las granadas de rubíes.

TEATRO

El Alcázar de las Perlas (tragedia árabe en cuatro actos y en verso).

R 43 973

FRANCISCO VILLAESPESA

DE LA ACADEMIA DE LA POESÍA ESPAÑOLA

El balcón de Verona

POESÍAS

MCMXII

MADRID. IMPRENTA HELÉNICA,

PASAJE DE LA ALHAMBRA, 3.

ES PROPIEDAD

BIBLIOTECA ARTURO ROSSELLÓ

PRÓLOGO

La poética española carecía, desde mucho tiempo atrás, del artista que, habiéndose compenetrado hondamente de las necesidades de su tiempo, supiera ser, y fuese, esencialmente continuador de las cualidades características de la raza. Ninguno de los poetas que en los últimos años habían predominado, supo interpretar acabadamente la manera de ser del sentimiento de un pueblo como el español, donde, á la hora presente, todavía se impone un largo y difícil trabajo de renovación espiritual.

Unos por exceso de ese rancio españolismo que les hacía mirar con grotesca indiferencia todo lo que no fuese netamente del terruño, cerrando su espíritu á la suprema facultad artística de la perpetua renovación; otros, que por espíritu de oposición caían en la parte contraria y se sometían tan completamente á las nuevas fórmulas, que éstas llegaban á ahogar la esencia del propio temperamento; unos y otros, mantenían la poética española en un estado de lamentable inferioridad respecto de las demás del mundo civilizado.

Gran mal ha sido siempre en España el de creernos superiores á todo el resto del mundo, y ha sido un mal, porque esa manera de pensar ha influído en el carácter para quitarle, junto con el descontento de

lo ya alcanzado, el supremo anhelo de adelantar un poco más.

Ese orgullo característico del español, que le hace aceptar lo que tiene como lo mejor de lo mejor, si es bueno en cuestiones de política internacional, pues constituye una formidable reserva de fe patriótica, no deja de ser altamente perjudicial en los campos de la inteligencia, en cualquiera de sus manifestaciones.

Hay en ese orgullo una fuente de graves males que se traducen en abandono, pues tanto el poeta que se ve proclamado el mejor de su tiempo, por un falso orgullo patriótico, como el industrial que ve elogiados sus productos por la misma causa, inconscientemente llegan á creer verdad lo que no pasa de ser una exageración de mal entendido patriotismo, y creyendo haber alcanzado la cumbre más alta de la perfectibilidad, se estratifican, uno en sus poemas, otro en sus productos fabriles.

Y así es como la producción normal de la inteligencia es, en un buen término medio, inferior á la del resto de Europa. En España, el primer esfuerzo, siempre que no altere muy rudamente la placidez de las fórmulas tradicionales —y mejor aún si las continúan—, es consagrado como si se tratara del definitivo, y así, naturalmente, no hay adelanto posible.

Por desconocer la necesidad de una marcha hacia adelante, en el cumplimiento de esa fórmula lanzada por D'Annuncio, «rinnovarse ó morire», la poética española ha vegetado durante muy largos años en el más absurdo y doloroso de los estancamientos. Todo el siglo XIX, con sus decenas de poetas de raro mérito local, no ha podido producir en España uno sólo

que fuera en verdad digno de la época. ¿Dónde está el Hugo español, de universal resonancia? ¿Dónde está el Carducci, que represente en nuestra lengua lo que en la italiana representó el fiero león de Bolonia? Y no se diga que, perdida la influencia política, España ha perdido también la resonancia favorable á su literatura; porque, si bien, en verdad, ya hoy no tenemos la preponderancia de aquellos que no veían ponerse el sol en sus dominios, nada de eso hace falta para que una literatura sea de mayor ó menor influencia.

Perdido el dominio material, queda en pie el de la espiritualidad más pura, vínculo que sólo necesita, para perdurar de poetas y escritores, que sepan interpretar como se debe los anhelos y los sentimientos de la época en que viven.

En España, como ya he dejado dicho, el poeta, ó se limitaba hasta hace poco á la repetición de sentimientos, que por lo muy rancios se le antojaban más castizos, y que en manera alguna compaginaban con la nueva modalidad del espíritu, transformado por las modernas necesidades universales, ó se dejaba arrastrar por esas mismas innovaciones, sin cuidar de separar de aquellas que pudieran ser verdaderamente útiles, las que por ser propias de unos países, no tenían aplicación lógica en las letras españolas.

Necesitábase, por lo tanto, el poeta que con esa noble serenidad de los que obran bajo el mandato de la indefinible fuerza de una adivinación genial, separara todo aquello que en las nuevas y triunfantes escuelas literarias europeas fuese de posible aplicación en la literatura española, modernizándola en aquello

de que carecía, que era bastante, y, al mismo tiempo, haciendo que reviviera en lo verdaderamente nacional, es decir, beneficiándola doblemente.

Este poeta, según mi manera de ver y entender el problema, ha sido Francisco Villaespesa, más que el mismo Eduardo Marquina, ese que ha encontrado «el sonoro trotar del Romancero» en sus *Hijas del Cid*, y que se ha mostrado enormemente épico en *Vendimión*.

Y digo que Villaespesa lo ha sido y no Marquina, porque éste, dada su condición de catalán y su educación literaria eminentemente europea, no puede comprender tan hondamente las emotividades castellanas.

Marquina ha tenido en contra de su españolismo el mismo carácter de su poesía, tan universal por las fuentes de inspiración, en que hasta lo más español ha quedado por mucho tiempo ahogado bajo las enseñanzas bebidas en las demás literaturas.

Villaespesa, por el contrario, ha sido siempre, aun en las mayores exaltaciones de su modernismo, batallador y agresivo, el español puro y neto, el que al invadir tierras extrañas no sólo llevaba á ellas sus costumbres tradicionales, sino que transformaba las del país donde su acción se desarrollaba.

El modernismo de Villaespesa ha sido un modernismo de conquista, un modernismo que ha traído á la poética española todo lo bueno encontrado en las demás literaturas, sin perder ninguna de sus cualidades características; Villaespesa ha entrado á saco en los adelantos poéticos de las letras de Francia y de Italia, sin dejar de ser el mismo.

Ha conquistado, no se ha dejado conquistar; pero encima del modernista subsiste el poeta de la España tradicional y romántica, el hombre que pasa un poco despreocupado de las cosas del momento—indiferencia de que no es capaz Marquina—para cantar los bellos ensueños de su juventud. Sintetizando la poesía de Villaespesa, podríamos decir que conservando su fondo netamente español, ha sabido transformar la técnica de sus versos hasta darles toda la flexibilidad del modernismo francés.

Pocas veces, como en Villaespesa, se habrá aunado en igual forma é intensidad el espíritu caballeresco y aventurero del tradicional hidalgo español, con los refinamientos del hombre moderno. Esto da á su poesía un encanto extraño, digno de ser señalado como el posible punto de partida de una nueva modalidad poética en la Península, pues ofrece la peculiaridad de que todo lo extraño á la raza adquiere un extraordinario y más alto valor cuando es depurado en el crisol de nuestro temperamento:

Yo nací con tres siglos de retraso.
Amo el justillo y el jubón de raso,
el chambergo de plumas y la espada.
Y es el mayor pesar de mi agonía
vivir en este siglo sin poesía,
ciego de fe... mas sin creer en nada.

Así habla el poeta en el último de sus libros, resumiendo en notable clarividencia todo el esfuerzo de su espíritu y acentuando las cualidades características de su temperamento de hombre de acción, frente

á la quietud vergonzosa de una época materialista y fría.

De carácter netamente definido, dentro de lo latino, Villaespesa muestra el orgullo tradicional, pero depurado de exageraciones en el crisol de una gran comprensión, hecho que suele ser equivalente á un gran dolor.

En todas sus obras pasa la visión del amargo desengaño, y hasta en los poemas donde la vida florece con la lozanía exhuberante de lo juvenil, su musa conoce el ritmo suave y lento de las palabras de dolor y de angustia.

Es la esencia de la raza, batalladora y audaz siempre, pero cuyos ímpetus tienen hoy regularizada su exteriorización, las pausas del que por haber padecido y sufrido mucho no se muestra ya con la exaltación de la primitiva y lejana época inexperiente.

Ha dicho uno de sus críticos que la personalidad de Villaespesa es el parecer «elegiaca, y en verdad fresca, alegre, y si triste á veces, con tristeza semejante á la que nos sobrecoge después de haber amado mucho».

Es el dolor vago, inconsistente, difuso, temor de dolor, más que dolor mismo, que sólo sobrecoge á los que han vertido su sangre y sus lágrimas por todos los senderos del espíritu...

En el *Libro de Job* tiene el poeta algunas de sus composiciones más tristes, más hondas, rebosando el tedio de los grandes misterios. Está en ese poema la angustia torturante de lo desconocido, de un futuro que no nos acertamos á explicar, y que por ello mueve nuestras más pavorosas dilaceraciones mentales:

¿Dónde enterraste el pasado?
¿Dónde te espera el porvenir?
Todas las cosas que has amado,
de amor, tu amor, hizo morir.
¡Todo pasó!... Nadie te nombra...
¿Dónde tus ciegos pasos van?
¿Qué nuevos brazos en la sombra
para abrazarte surgirán?

Y después de esa angustia del «mañana», tan dolorosa en los que piensan hondo, en los que tienen el amor de su vida puesto en sus obras, Villaespesa se vuelve á la maga de sus ensueños, la dorada juventud, para decirla la triste endecha de lo que pasa y no vuelve:

¡Oh, juventud, vuelve á mi lecho,
tu carne roja de rubor!...
¡Tiendo los brazos, y no estrecho
más que el recuerdo de tu amor!
¡Ojeras vivas del deseo,
seda de flor, pálida tez!...
¡Abro los ojos y no veo
sino mi propia palidez!

Hay algo de horrible en esa juventud que se agota en la monotonía de las lamentaciones fúnebres, y que anhela por el descanso final, en que pueda verse libre de los desgarramientos mentales de una época de incertidumbre y de pavor como la nuestra.

Pero donde, indudablemente, Villaespesa ha vertido toda la intensidad lírica de su corazón de poeta, es en los sonetos de su libro *Viaje sentimental*, obra que merece perdurar, porque es de las pocas que en

nuestra lengua traducen la reconcentración espiritual en que han sido grandes maestros los líricos portugueses.

Villaespesa dice la tortura de un amor desvanecido, y á veces su lirismo llega á lo más hondo del espíritu:

Los que vísteis salir por vuestra puerta
para siempre en la paz del ataúd,
con los fríos despojos de una muerta
todos los sueños de la juventud.
Los que, de noche, trémulos de frío,
lloráis de espanto en vuestro lecho al ver
junto á vosotros un lugar vacío,
¡esperando á quien nunca ha de volver!
Los que soñasteis y encontrásteis una
mujer que por encanto ó por fortuna,
encarnase los sueños del amor,
y al perderla os hallasteis sin abrigo,
¡venid á solas á llorar conmigo,
porque de todos es este dolor!

Hay una extraña y desolada amargura en todo este libro, que parece decir en el idioma castellano las torturas que llevaron al suicidio al gran lírico portugués Anthero de Quental.

Y la comparación no surge solamente porque Villaespesa reproduzca en ese libro los paisajes luminosos de Coimbra, sus chopales, el plateado Mondego, las tricanas y los estudiantes, sino porque la esencia de esos versos tan dolorosos, tan amargos, es pura y exclusivamente propia de ese romanticismo senti-

mental de los portugueses, en quienes influye un paisaje de melancolías y una historia de tristezas. Y así, en la comprensión del alma recóndita del pueblo que complementa las virtudes gallardas y varoniles de España, Villaespesa ha podido llegar á toda esa alta concreción de las cualidades de la raza que laten en sus versos.

Subjetivo en grado extremo, si sabe pintar concisamente un bello paisaje y describir un cuadro luminoso lleno de colorismos meridionales, su gran cualidad, empero, consiste en la evocación de estados de alma, con tal fuerza y vigor expresados, que no tienen comparación en las letras españolas, debiéndose recurrir á los que más hondamente han interiorizado en el espíritu humano, en Maeterlinck, por ejemplo.

Dice en cierto lugar :

Siento un leve rumor sobre la alfombra
que acarició su pie, y en el sofá
donde soñó conmigo, ahora su sombra
para ver mi dolor sentada está.
Y mientras, todos duermen en la casa,
vibra una campanada en el reló;
ella la historia de mi amor repasa,
y llorando á sus pies la escucho yo.
— ¿No te acuerdas? —suspira á mi deseo...
Y abro los ojos, pero no la veo...
Tan sólo el tiempo late en el reló...
¡Y estremecen la paz de la calleja
los ecos tristes de una copla vieja
llorando á alguna novia que murió!

Villaespesa ha sido y será por mucho tiempo el poeta de un momento de nuestro vivir de agitaciones y de tristezas, habiéndole bastado cantar las amarguras de su propio corazón de hombre, para sintetizar los anhelos de la raza en su empeño de dignificadora actividad.

Es, hoy por hoy, el artista que dentro de todo el movimiento llamado modernista ha sabido mantener en pie las virtudes caras á la tradición.

Sus poemas, que fueron ayer de un misticismo desolador, poco á poco vuelven á sentir el encanto glorioso de la vida, haciendo esperar una magnífica cosecha lírica.

«Soy un sultán poeta», dijo en uno de sus libros. Nosotros debemos pedir, para gloria de las letras castellanas, que las cautivas de su harén, como las musas de que hablaba Darío, sientan, por siempre, el despótico poder primero del creador...

JUAN MÁS Y PI.

— La alondra anuncia el día.
— Canta á la Luna el ruiseñor...
¡Amor, es tiempo todavía
de embriagarse de amor!—

Perfume de infinito, inmaculado
aroma de azahar,
¿quién, en un labio en flor, no te ha aspirado
bajo la blanca claridad lunar?

¡Panal de besos, escondido
entre las llamas de un clavel,
¿quién, gota á gota, no ha bebido
la dulzura embriagante de tu miel?

¡Oh, lágrimas de amor... (¡Poder aún verlas
de aquellos dulces ojos resbalar!)
¿quién con vosotras no formó las perlas
más ricas de un romántico collar?

La noche huele á rosas y á jazmín...
Aún trina el ruiseñor en el granado...
Todo está igual en el jardín...
¡Tan sólo tú, poeta, has cambiado!

La escala del deseo
se ve, á la Luna, del balcón colgar...
¡Tan sólo tú jamás, pobre Romeo,
podrás por ella hasta tu amor trepar!

¡Vuelve á tu eterna soledad, poeta!
Da un adiós á tu última ilusión,
¡porque ya nunca volverá Julieta
á esperarte, á la Luna, en el balcón!

I

Desángrase la tarde en tus ojeras
con fugas de amatistas y rubíes,
en tanto que, enigmática, sonríes
á la ambigua ilusión de mis quimeras.

Sobre el mar se recorta, incandescente,
tu señoril y heráldica silueta,
en los oros sangrantes y el violeta
de la profusa tarde decadente.

En el áureo verdor de la arboleda
diafaniza la luz tu piel de seda.
Bajo el rojo dosel de tu sombrilla

que en el incendio del ocaso arde,
en el rubí de tus pupilas, brilla
la crueldad lujuriosa de la tarde.

II

Todo es viva colmena de alegría.
Campanas de cristal tocan á fiesta,
y el sol hace brillar á la floresta
con su capa pluvial de pedrería.

Bajo la transparencia azul del velo
que idealiza tu cálida hermosura,
reflejan tus pupilas la ternura
de los zafiros pálidos del cielo.

En los ustorios trémulos del río,
á la clásica sombra de las parras,
con tu belleza y mi lujuria á solas,

eres símbolo humano del Estío,
con tus cabellos áureos de cigarras
y tus senos sangrientos de amapolas.

III

En una insinuación de ofrecimiento
tu mano abandonaste entre la mía.
Calor de nidos y de paz, el viento
en la tarde y nosotros, difundía.

Olía á rosas tu corpiño blanco,
y mostrando, al pasar, con la mirada
la soledad propicia de aquel banco,
suspiraste á mi oido: —Estoy cansada.

Y en el musgo, que amparan las umbrías,
te reclinaste silenciosamente,
con una leve repulsión caduca.

Y tu pudor baló sus elegías,
como un cordero que, temblando, siente
los dientes del león sobre la nuca.

IV

Junto á la fuente que alza en la glorieta
la ligera blancura de un Cupido,
entre mis brazos suspiraste inquieta
bajo el fragante naranjal florido.

Desabrochó mi mano el camafeo
que á los hombros la túnica prendía,
y tus senos, hinchados de deseo,
su mármol dieron á la luz del día.

Mas alzando de pronto la cabeza,
en un gesto de orgullo y de fiereza,
de tu cabello desataste el nudo,

y á tus senos rodó su áureo tesoro,
¡para envolver á tu pudor desnudo
en su manto imperial de seda y oro!

V

¡Oh, divino temblor! Cuando desnuda
por vez primera á la mujer amada,
¡qué torpe nuestra mano desanuda
la efímera ilusión de una lazada!

Ella de nuestros brazos se desprende,
y al suelo baja su mirar sereno,
y con las manos ocultar pretende
las magnolias de mármol de su seno.

Nos mira, con mirada lacrimosa,
busca un refugio sin saber adonde;
hasta que al fin, ligera y ruborosa,

burlando nuestros lúbricos antojos,
entre las blancas sábanas se esconde,
subiéndose el emboce hasta los ojos!

VI

Deja que el velo de tu cuerpo aparte.
Mármol será, bajo la azul esfera.
Ya floreció la nueva Primavera
para darte dosel y enguirnaldarte.

Desnuda cual los mármoles, mi Arte
así te quiere ver. La vida entera,
extáticos los ojos, estuviera
postrado ante tus pies para adorarte.

Es la Belleza imperturbable y muda
la única religión en la que creo,
y tu belleza, para orar, me basta.

No temas que mirándote desnuda
enturbie mis pupilas el Deseo...
La desnudez, si es bella, es siempre casta.

VII

Bajo el sol de la tarde nazarita,
junto al fausto oriental de tu belleza,
soy un mendigo escuálido que reza
en el áureo mirab de una mezquita.

Yergues tu busto astral y resucita
con una salomónica grandeza,
en el bronce inmortal de tu cabeza
el gesto incitador de Sulammita.

Y ya libre de escrúpulos serviles,
en el regio crepúsculo sonoro,
sobre el verde tapiz de la enramada,

con mis manos voraces y viriles
de su estuche imperial de seda y oro
tu cuerpo desnudé como una espada.

VIII

En el silencio del jardín la sombra
tiene un nupcial perfume de rosales.
Hay diamantes de estrellas en la alfombra
y un éxtasis de luna en los cristales!

En la baranda del balcón aguardo
— y en laberintos lúbricos me pierdo, —
ese vago y sutil olor á nardo
conque suele anunciarse tu recuerdo!

Con sus áureas molduras se vislumbra
el tálamo dormido en la penumbra,
que espera en el silencio de estas noches,

esa caricia imperceptible y única
que producen las sedas de tu túnica
al desprenderse de sus áureos broches!

IX

Palidece tu rostro sobrehumano;
mirándote en mis ojos te extasías,
y trémula de amor entre las mías
siento latir las venas de tu mano.

Levantas la cabeza con un gesto
de entrega, y tenebroso y ondulante
sobre la palidez de tu semblante
desciende tu cabello descompuesto.

Sonries, con los dientes apretados,
y tus dos senos tímidos parecen
bajo la gasa que te vela el pecho,

dos niñitos mellizos asustados
que, abrazados al cuello, se estremecen
bajo las blancas sábanas del lecho!

X

Siento una postración de cosa muerta
y una vaga inquietud de cosa viva
dentro de mí... ¡Oh, ven, boca lasciva,
y háblame, como ayer, en la desierta

cámara silenciosa y empolvada
donde quedaron para siempre impresos
la musical lujuria de tus besos
y el fosfórico ardor de tu mirada!

En el revuelto lecho, la fragancia
cálida de tu carne, da á la estancia
un aroma sutil á ramos secos

de azahar, y los ropajes blancos
como moldes de amor guardan los huecos
que dejaron tus senos y tus flancos!

XI

Las pompas imperiales de tu fausto
de orgullosa princesa bizantina,
me dejaron exánime y exhausto
sobre las sedas de tu piel felina.

Y como aquel que conquistó un tesoro
ó ganó en la batalla una corona,
me dormí triunfalmente bajo el oro
de tu regia melena de leona.

Y del alba á los míticos destellos,
á través del temblor de tus cabellos,
miré, sobre el tapiz florilesado,

— prendas que abandonaste en la derrota —
algún áureo collar desengarzado
y alguna cinta ensangrentada y rota.

XII

Quedó en mis manos un jirón de encaje;
te escapaste de mí como una sombra,
mas al huir, se te enredó el ropaje
y rodaste de espaldas en la alfombra.

Te curvé bajo el yugo de mis brazos,
y de mis dientes la caricia ruda
rasgó cendales y deshizo lazos
hasta dejar tu castidad desnuda.

Y allí, sobre la alfombra, entrelazadas
las sombras como hiedras agitadas,
confundidas en un bárbaro grito

nuestras bocas rampantes y lascivas,
resucitamos el antiguo mito
del amor, en las selvas primitivas.

XIII

El índice en el labio sonriente
y la mirada prometiendo goces,
ante mí apareciste, de repente,
como al conjuro de mis propias voces.

Y replegando el cortinón de seda
carmesí, que á tu alcoba impide el paso,
— Entra — dijiste, con la voz tan queda
como un temblor agónico de raso.

Y sobre los moriscos almohadones,
nuestras carnes y nuestros corazones,
como dos pareados acoplamos.

Rimamos todos los diminutivos,
y el divino soneto terminamos
con un temblor de puntos suspensivos.

XIV

Eres sobre mis páramos solares
donde tus gemas bíblicas coloro,
la alta palmera de racimos de oro
del divino Cantar de los Cantares.

Sobre leonada piel, muestras, lasciva,
tu marmóreo impudor. La piel parece
que, triunfal de lujuria, se estremece
cual si estuviese, á tu contacto, viva.

Y al alcanzar tu intacta primavera
y entre mis brazos aspirarla esclava,
mi beso es tan voraz y tan profundo,

igual que si a mis labios ascendiera,
para fundirte en su encendida lava,
como un volcán, todo el amor del mundo!

XV

El trágico negror de la mantilla
nimba la palidez de tu semblante,
y lo insaciable de la fiebre brilla
en tu obscura mirada alucinante.

Todo es tiniebla en ti; todo es arcano,
y entre las tocas, al surgir incierta,
la tísica blancura de tu mano
es el recuerdo de una mano muerta.

El perfil desolado de tu sombra
proyectas en mis noches... Tu mirada
amortaja mi vida en su negrura.

Y cuando el labio trémulo te nombra
surges de mis recuerdos, empolvada,
como del fondo de una sepultura.

XVI

La gran tristeza del que nada espera
da á tu actitud una expresión sagrada,
y se hace más obscura tu mirada
bajo las noches de tu cabellera.

Por mis sueños de amor pasa ligera
tu juventud enferma y enlutada,
como una sombra gris desenterrada
por los jardines de la Primavera.

En ti se pudren muchas cosas muertas,
y al hablar, en mi espíritu despiertas
remordimientos que ancestrales gimen.

Y en tus manos, agudas cual puñales,
aún parece que sangran las señales
de algún remoto y tenebroso crimen.

XVII

Siempre voraz á mis insomnios vienes
á despertar mis ímpetus bestiales,
y en el umbral, desnuda, te detienes,
á envenenar de sombra tus puñales.

En el misterio de tus ojos brotan
fugaces y fosfóricos destellos,
y aires de tempestad crispan y azotan
el nocturno terror de tus cabellos.

Todo mi sér desgárrase á pedazos
cuando en la torva angustia del vacío
tu hambre de loba monstruosa, aúlla.

—¡No esperes libertarte de mis brazos,
porque has de ser eternamente mío
como yo eternamente seré tuya!

XVIII

El frenesí de tus pupilas turba
un deseo sangriento y dolorido,
y mi torso, epiléptico, se curva
sobre ti, como un arco distendido,

mientras entre suspiros y entre besos,
bajo el azote de tu cabellera,
siento crugir hasta mis propios huesos
entre tus finos dientes de pantera.

Me abrasa el fuego de la calentura,
y aferrado á la crin de tu locura,
me lanzo en las tinieblas del vacío,

siempre ligado á ti, sombra maldita,
oyendo el eco de tu voz que grita:
Soy tuya... y para siempre serás mío!

XIX

Con tu belleza helada y peligrosa
de quimérica cumbre inaccesible,
hiciste de mi vida una angustiosa
saudade de inñinito y de imposible.

Mi alma se muere de melancolía
bajo la cotidiana pesadumbre,
porque sólo su sed calmar podría
el agua luminosa de tu cumbre.

Para saciar su ardor en la corriente
más pura de tus aguas cristalinas,
todo cuanto en mí piensa y en mí siente

ser águila quisiera, mientras bella
alzas tu faz, rasgando las neblinas,
para alcanzar el beso de una estrella.

XX

Tú también sueñas con saciar un día
la sed del temerario peregrino,
que por beber tus aguas desafía
el peligro y las nieves del camino.

Y esperas tu romántico Himeneo,
ornada de azahar y velos blancos,
mostrando á lo imposible del Deseo
la desnuda lujuria de tus flancos.

¡Oh, peligrosa cumbre inaccesible,
siempre serás la eterna prometida
de este amor infinito é imposible!

Porque es preciso, para poseerte,
abandonar las glorias de la Vida
y atravesar los hielos de la Muerte!

XXI

Siente aquel que contempla tu hermosura
en las venas el frío de la muerte,
y al fulgor de tu gélida blancura
en una blanca estatua se convierte.

Lo que hay en todos de brutal despierta
y adquiere formas y modelaciones...
Unos tienen un par de alas abiertas
y otros grupas y zarpas de leones.

A tu paso, deshójase de asombro,
el blanco loto sobre la laguna.
Pasas, con la guadaña sobre el hombro,

y un lúgubre blancor de todo arrancas,
igual que un rayo gélido de Luna
por un camino astral de esfinges blancas.

XXII

Ya es tiempo de morir, Melancolía,
que devoras mis ansias más vitales,
y que en la tumba de mis elegías
broten las rosas de los madrigales!

Yo cerraré mi alcoba de poeta
donde aún un eco funeral te nombra,
para que no proyecte tu silueta
el maléfico influjo de su sombra!

Bajo la luz del porvenir me pierdo,
mirando los despojos que conservas
á la paz de los fúnebres cipreses...

Yo arrancaré del alma tu recuerdo,
como se arrancan esas malas hierbas
que se comen el jugo de las mieses!

I

Al separarse nuestras manos,
en la postrera despedida,
bajo los verdes naranjales
que deshojábanse á la brisa,
palidecimos, cual si en ellas
ambos dejáramos la vida.

Trémulas lágrimas lloraba,
trémulas lágrimas vertías,

que se mezclaban en tu cuello
como un collar de pedrería.

Te quise hablar; mas las palabras
entre los labios se me iban...
¿Cómo es posible que al marcharte
pudiese yo quedar con vida?
El corazón se desgarraba,
el alma entera se partía...

¿Cómo es posible que mis lágrimas,
si de mi propio pecho huían,
no te manchasen con la sangre
que goteaban mis heridas?

¡Entre mis labios aún aspiro
aquel perfume que tenían
tus blancas manos, al besarlas,
en la postrera despedida!...

¡Casto perfume de azahares
que deshojábanse en la brisa!

II

A mis oídos, la limosna
de tus palabras ¿por qué niegas?
A mis pupilas, que son tuyas,
¿por qué has prohibido que te vean?

Leyendo un libro de oraciones,
á Dios te entregas, y no piensas
en que hay mortales que tan sólo
por tu amor viven en la tierra.

Adoras las melancolías
del viejo Otoño, y mientras, trémula,
nocturna lluvia interminable
en tus cristales lagrimea,
á la luz tibia de la lámpara,
sola en tu lecho, paladeas
mieles de ensueño, en las estrofas
de los románticos poetas.

¡Dichoso Bécquer! En tus labios
sus versos mágicos resuenan,
como oraciones que se pierden
bajo las naves de una iglesia.

Mas él, de envidia moriría,
si de tus labios los oyera,
porque le das un sentimiento
como jamás soñó el poeta!

III

¡Ay, abandona, peregrino,
el fresco oasis de ese huerto,
porque la sombra que tú amas
nunca escuchar podrá tus ruegos!

¡Ay, pobre iluso ¿cómo quieres
sembrar rosales en el viento?
¡No vuelvas más á aquella fuente
que clara brota entre los fresnos,

donde un crepúsculo de estío
tus ojos ávidos la vieron
— ánfora de oro sobre el hombro,
collar de perlas en el cuello, —
embalsamando los rosales
con el perfume de su aliento.

No vuelvas más á aquella fuente,
ni en su frescor sacies, viajero,
la sed voraz que en ti dejaron
las arideces del desierto,
que están sus aguas tan amargas
como las flores del romero,
de tanto llanto como en ellas
mis ojos húmedos vertieron.

En vano, en vano, se ha marchado,
porque me queda su recuerdo,

como un tesoro, eternamente
oculto dentro de mi pecho...
¡Y cuanto más de mí se aleja
está más cerca de mis sueños!

IV

De la remota bruma
del recuerdo, surgir tu sombra veo...
Tu palidez lunática perfuma
de ensueño, mi Deseo...

Tienes ese prestigio indefinido
de las cosas que fueron y se han ido.
Purifican mi ardor las azucenas
de tu pureza, y, generosa, llenas

mi corazón de olvido,
con la ternura de tus manos buenas.

Se torna la mirada
casta, para mirarte
cruzar desnuda, mas inmaculada,
los lúbricos jardines de mi arte.

En vez de devorarte,
los leones más fieros,
como en los áureos códices cristianos,
vienen, como corderos,
á lamerte las plantas y las manos.

A tu presencia, como ante una de esas
encantadas princesas,
que toda refulgente
de joyas, entre aromas de incensarios,
sobre la giba de los dromedarios,
regresan de una fábula de Oriente,

todo enmudece y todo se prosterna
en un santo y fugaz recogimiento,
cual si trajese el viento
como el perfume de una cosa eterna!

V

Alma, que yaces como muerta
en la quietud crepuscular,
desnúdate, frente al remanso,
de toda cosa terrenal,
hasta que quedes transparente
como el más límpido cristal.

La vida pasa como un río
rodando á la eternidad...

¡la eternidad que empieza donde
dejan los ojos de mirar!

¡Alma, refleja en el remanso
de tus pupilas, la áurea paz
de este crepúsculo encantado
que sobre el agua, lento, va
desengarzando oros y púrpuras
como los gemas de un collar...

¡Guarda en tus ojos para siempre
la luz de tu felicidad,
para que luego su recuerdo
venga tus noches á alumbrar,
y te deslumbre con las joyas
de su tesoro sideral!

¡Dura tan poco la alegría,
y es tan efímera la paz

que antes que puedan nuestras manos
sus blancas rosas deshojar,
el leve aliento de la brisa
deja sin rosas el rosal!

PARA LOS COLLARES DE JULIETA

I

Fugitiva visión de mis poesías.
¡Oh, frágil entre todas las mujeres!
¡Ni formada de espuma, Amor, serías
tan frágil y ligera como eres!

Inútilmente desplegué mis alas...
Mis sueños de alcanzarte fueron vanos,
que hecha de nieve y luz, sutil resbalas
como un rayo de sol entre mis manos!

Tu acariciante levedad resume
la plata fugitiva de la luna
y la sutilidad de un pensamiento.

Y yo aspiro tu amor como el perfume
fugaz y melancólico de una
rosa de otoño que deshoja el viento!

II

Mi amor es una grácil ligereza;
gacela esclava de tu amor tirano,
que refriega en tu falda su cabeza
para lamer los lirios de tu mano.

Siempre que la acaricias se estremece,
y como ebria de placer, vacila,
mientras un sueño lánguido humedece
su profunda y nostálgica pupila.

Cuando los ojos abres, se despierta;
y se agita intranquila, siempre alerta,
del rumor de tus pasos en acecho.

Y cuando pides á tu lecho abrigo,
ella también, para soñar contigo,
se enrosca como un perro al pie del lecho.

III

También mi pobre corazón he visto
— ¡mi corazón más dulce que un cordero! —
agonizar, clavado en el madero,
y ceñido de espinas como Cristo!

También la seda de su cabellera
al limpiar el sudor de mi agonia,
dejó en mi cruz como una Primavera
de Amor, de ensueño y de melancolía.

Con tal ternura sobre mí lloraste
que con tu llanto me resucitaste...
Vuelve otra vez la juventud florida

á perfumar mis hoscas soledades!...
¡Tu amor es un milagro de piedades,
porque infunde á los muertos nueva vida!

IV

El dolor de mi carne presentía
la piedad de tus manos, y el anhelo
de mi espíritu el místico consuelo
de tu ingenua sonrisa de alegría.

Eres la misma imagen que veía
en la noche angustiosa de mi duelo,
iluminar las sombras de mi cielo,
como la estrella que al viajero guía.

Con el milagro de la Primavera
llegas á mi jardín. Las sombras vagas
de mis recuerdos, huyen temerosas.

Mis dedos juegan con tu cabellera,
¡y hasta en la herida abierta de mis llagas
hay una nueva floración de rosas!

V

Sobre un húmedo fondo de verdura
la luz perfila tu ideal silueta,
mientras la tarde incendia tu blancura
con sus velos de púrpura y violeta.

Destrenzados los bucles sobrehumanos,
fija en el cielo la mirada angélica,
llenas de flores místicas las manos,
como una Anunciación prerrafaélica!

Perfil de unción y boca de plegaria...
Tienes, como un aroma de poesía,
la candidez de un lirio inmaculado,

que en la vieja capilla solitaria
se muere, perfumando en su agonía
los pies heridos del Crucificado.

VI

Cuando la luz de mi quinqué se apaga
y en las tinieblas del pavor me sume,
el recuerdo de ayer, como un perfume
de besos imposibles, me embriaga.

Junto á mi lado, imperceptible vaga
la misteriosa sombra de Ulalume.
Mas inmóvil mi labio se consume,
pues teme que un aliento la deshaga.

A veces me parece que la sombra
se corporiza y tímida me nombra...
La sangre paralízase en mis venas,

y me siento morir, tan dulcemente,
que el alma, al expirar, apenas siente
como un deshojamiento de azucenas.

VII

Jamás borrarte en el olvido esperes.
Me obsesiona tu amor. Cuando te veo
se para el corazón, porque tú eres
su sangre, su Verdad y su Deseo.

Mis blancas alas cruzarán ilesas
por el fango de todos los pantanos...
Mi vida entera es tuya, es una de esas
sortijas que fulguran en tus manos.

Mi ambición no pretende más laureles
que morir á tus plantas, de rodillas...
Y por morir por ti, mi amor quisiera

ser uno de esos fútiles papeles
en que sueles probar las tenacillas
para rizar tu negra cabellera!

VIII

En la más alta cumbre aventa el viento
el último suspiro de la tarde,
y su fulgor, como un rubí sangriento,
en las tinieblas de tus ojos arde.

Un círculo de sombras te rodea,
y animando tu faz con sus destellos,
una trémula llama parpadea
en la noche sin fin de tus cabellos.

También la llama trémula perece,
y la sombra te envuelve, como una
toca de melancólica viudez;

y rasgando el negror que te entristece
un rayo tembloroso de la luna
tiende un velo de plata por tu tez.

IX

Con mi tristeza y tu recuerdo á solas,
de amargo llanto las pupilas llenas,
atravieso, cantando, las arenas,
recogiendo marinas caracolas.

Sollozan mis dolientes barcarolas
en las playas desiertas y serenas,
y para oir mis amorosas penas,
llorando hasta mis pies vienen las olas.

Y al verme en sus cristales reflejado,
comprendo lo infinito de mis males.
Y digo al mar, entonces, agobiado

por el terrible peso que me abruma :
— ¡Quién pudiera dormir en tus cristales,
amortajado por tu blanca espuma!

X

La angustia del crepúsculo invadía
la prisión de mis hoscas soledades.
Era la tarde como una agonía
de enfermas y marchitas claridades.

En la miseria urbana del suburbio
palpitaba no sé qué hondo quebranto...
Flotaba todo indefinible y turbio
como á través de un nebuloso llanto.

El temblor del crepúsculo sangriento,
sobre la cal del muro de un convento,
de un huérfano dolor piadoso abrigo,

la esquelética sombra proyectaba
de un escuálido perro, que ladraba
á los sucios harapos de un mendigo.

XI

Sentí el cálido aroma de su aliento,
y hundiendo en mis pupilas la mirada,
cual si buscase un ánima, un momento
permaneció, mirándome, callada.

Algo muy santo despertó en el fondo
de mi vida, muy triste, pero pura...
¡De aquel mirar tan íntimo y tan hondo
no hay palabras que expresen la ternura!

Sólo recuerdo, muy confusamente,
que emocionado la besé en la frente,
y que abrazados nos besó la luna...

Y al levantar nuestra mirada al cielo,
tembló en mis ojos su mirada, y, una
lágrima descendió sobre el pañuelo...

XII

Regreso á mis agrestes soledades,
— ¡todos mis campos desoló la guerra! —
porque sé que las glorias de la tierra
son humo... y vanidad de vanidades.

Prefiero las obscuras tempestades
que estremecen los robles de la sierra,
al lento polvo gris que nos entierra
en la fosa común de las ciudades.

Herido y desertor de la pelea,
vuelvo al hogar ahumado de mi aldea,
á restañar la sangre de mi herida.

Y presintiendo el fin, como á una hermana,
todas las noches le diré á la Vida:
— Voy á dormir... Adiós... Hasta mañana.

XIII

Voy cruzando la vida como un ciego,
y como no conozco mi camino,
inconsciente, á la mano del Destino,
con fatalista sumisión me entrego.

-- Detente! -- á veces tímido le ruego...
-- Da el ruiseñor su canto cristalino.
¡Deja que el corazón del peregrino
cobre, oyéndole, un poco de sosiego!

Corre el agua... Durmamos un momento...
¡Qué olor de rosas frescas en el viento!...—
Y él, sin hablar, me arrastra... Eternamente

sigo su ruta, con los pies sangrando...
Mientras mi corazón canta, soñando
con las rosas, el pájaro y la fuente!

XIV

¡Oh, mi sonora juventud perdida,
pródiga juventud que amara tanto!...
¡Oh, cómo amarga el pan bañado en llanto,
y cómo es triste, sin amor, la vida!

Ningún pañuelo vendará mi herida;
no hay un hogar que acoja mi quebranto,
y eriza mis cabellos el espanto
de la visión sangrienta del suicida.

Mi pobre corazón es como un niño,
huérfano de cuidados y cariño,
que no teniendo ni un regazo, donde

dormir, temblando de dolor y miedo,
en el rincón más lóbrego se esconde
para llorar su soledad muy quedo!

PLENILUNIO

La amarga voz del agua en el silencio
perfuma de frescura mis oídos.

Yo no sé qué tristezas me recuerda,
que entre las ramas del rosal florido,
donde los nuevos ruiseñores cantan,
con la frente en las manos me reclino.

Todo cuanto fué suyo, todo cuanto
se tendió como un labio hacia el divino

frescor de su corriente, en mí despierta,
desenterrando frases del olvido.

Frases que son cual trémolos de agua
en el silencio del jardín dormido;
frases que son cual viejos ruiseñores
que cantan en los árboles marchitos
de mi Otoño... Rumor de serenata
que atraviesa el misterio fugitivo
de las noches de luna... ¿Por qué vibras
desenterrada voz, en mis oídos?

Blanco el jardín de luna. En el estanque
se adormecen los cisnes pensativos,
y todo cuanto sueña bajo el cielo
tiene un nevado florecer de lirios.
Vuelvo á vivir la vida de otro tiempo,
vuelvo á soñar los sueños que he perdido,

y escuchando esa voz late mi sangre,
cual si quisiera, en su tenaz latido,
romper mis venas y dejar mi cuerpo
de toda vida y todo amor vacío.

¿Qué soy en el jardín, bajo las ramas
de este viejo rosal? El bronce antiguo
de un Dios abandonado por los hombres
que se muere de angustias y de olvido.

Viejo bronce de amor... Dios de los besos!
Cruzan por los senderos, peregrinos
del ideal, unidos de la mano
y mezclados los labios y los rizos.

Y tú siempre, al mirarlos, te estremeces,
como queriendo abandonar tu frío
y sepulcral silencio, y nuevamente
sentir bajo tu bronce el cuerpo vivo!

OFRENDA OTOÑAL

Canéforas que unidas de las manos
cruzáis, como guirnaldas de alegría,
á compás de las flautas rituales
los senderos en flor de la campiña,

¿en qué verde verjel, como una rosa,
quedóse vuestra hermana desprendida?
¿qué corriente la tiene aprisionada
para aprender el ritmo de su risa?

Pasáis, cantando, como en otros tiempos,
la báquica canción de la vendimia;
pero como á una flauta á quien arrancan
el registro más dulce que tenía,
así vais, sin su voz... ¿Qué ruiseñores,
en los álamos blancos de la orilla,
aprenden en las notas de su acento
los cánticos supremos de la vida?

Pasad, y si la halláis en vuestra ruta,
llevadle en vuestras blancas canastillas,
las flores más fragantes de mis huertos
y las mejores uvas de mis viñas!

BOHEMIA

Amo la vida libre de esos pobres
domadores de fieras,
que marchan al azar, sin más agobio
que sus propias tristezas!

Portar sobre un pollino
de ojos tristes y lánguidas orejas,
los cuatro palos y la remendada
lona de nuestra tienda!

Yo haré danzar el oso,
tú tocarás la pandereta,
y luego, por la noche,
de un pueblo, en las afueras,
á la luz de los astros, plantaremos
el nómada perfil de nuestras tiendas,
para dormir muy juntos, abrazados,
mientras, despiertos, velan
en el umbral, nuestro amoroso sueño,
los ásperos gruñidos de las fieras!

Andar de pueblo en pueblo,
vagar de feria en feria;
y atravesar cantando
el polvo de las largas carreteras.
Y alguna noche,
trepar los toscos muros de las huertas,

para robar naranjas y granadas,
y luego detenernos, á comérnoslas,
entre risa y besos,
bajo el pastorear de las estrellas.

PERFUME VIEJO

Todo está igual! En los chinescos tibores
de dragones y grullas esmaltados,
entre las verdes hojas de las palmas
doblan su cuello de marfil los nardos.

Todo está igual! El viejo confidente,
los señoriales cortinajes blancos,
las vírgenes azules que sonríen
en el fondo dorado de los cuadros,

y los amores rubios que coronan
los antiguos espejos venecianos...

Todo está igual! La lámpara de plata,
esparce sus fulgores. El piano
abierto en la penumbra, silencioso
aguarda las caricias de su mano...

¡Oh, lejanas memorias!... No recuerdas?
Al pie del confidente, arrodillado,
mi ardiente sed de besos ¡cuántas veces
apagué en la frescura de sus labios!

Todo está igual! La misma luz que entonces
tiñó de rosa su semblante pálido,
hoy se entristece silenciosamente
en los espejos turbios de mi llanto.

El mismo espejo que copió orgulloso
de su hermosura los divinos rasgos,

hoy me ve sollozar en la penumbra,
la flor de mis recuerdos deshojar!...
Todo está igual! Tan sólo entre las sombras
hay algo nuevo que me infunde espanto.
Unos ojos lejanos que me miran
como á través de tenebroso lago,
y unas manos exangües que perfuman
mis cabellos románticos, de noche.

I

Me encuentro á tu presencia avergonzado
como si sorprendiéranme desnudo...
Soñaba hablarte, pero no te he hablado...
El amor verdadero es siempre mudo!

Hay algo que prohibe á mi cariño
toda esperanza, pero no se olvida...
Mi corazón es niño, y como el niño,
ama la fruta que le está prohibida.

Decirte este dolor jamás he osado...
Este inmortal amor es tan callado
que ni mirarte ni escucharte quiere...

Es á la vez que mudo, sordo y ciego.
Se abrasa sin querer mirar el fuego...
Sufre en silencio y de callar se muere...

II

Cuando era sólo un esqueleto vivo,
penetraste en la cárcel de mis penas...
Tus manos le quitaron las cadenas
y le abrieron las puertas al cautivo,

y para dar consuelo á las hurañas
amarguras de mi melancolía,
te arrancaste á pedazos la alegría
de la propia raíz de tus entrañas.

Como de enfermo y desvalido niño
cuidó de mi tristeza tu cariño...
Y hoy son las horas de mi vida esclavas

dóciles del poder de tu recuerdo...
¡Eres el tiempo porque en ti me pierdo,
y eres la Eternidad porque no acabas!

III

Tu amor fué golondrina. Formó nido
en las manos de un santo abandonado
en el templo ruinoso del olvido.
La piedad de su acento enamorado

estremeció la polvorosa hiedra
que cubre el muro con su fe devota,
é hizo latir el corazón de piedra
del santo inmóvil sobre el ara rota.

Una tarde de Otoño gris y fría,
vertiendo la más dulce melodía,
emigraste á otros climas más lejanos.

No has vuelto con la nueva Primavera,
¡y triste el santo, tu regreso espera
con tu nido de barro entre las manos!

IV

Solo, pensando en tu cariño, siento
una vieja ilusión que me consuela...
Cierro los ojos, y mi pensamiento
tiende las alas y á tu lado vuela...

Te miro sonriendo sobre el lecho,
brindando al alma enamorada y loca
el olvido fragante de tu pecho
y el éxtasis de besos de tu boca.

La voz te tiembla y su temblor me arrulla;
ciérranse estremecidas mis pestañas...
Y mi sangre se agita enardecida,

ávida de mezclarse con la tuya,
y fundidas las dos en tus entrañas
abrir las flores de una nueva Vida!

V

Rendido y triste de la calle vengo.
Mi pupila, la luz del sol esquiva
y ama la obscuridad... Siento que tengo
todo el cuerpo y el alma en carne viva!

¿En dónde estás? Con tu perfil no acierta
mi corazón en su dolor perdido...
Yaces en un sepulcro: en el Olvido,
con las manos en cruz, como una muerta!

¡Qué importa que jamás vuelva á mirarte
si siempre habrá mi amor de recordarte!
El olvido es en vano... En estos lazos

siempre estaremos, sin quererlo, presos...
¡Yo soñaré contigo entre otros brazos
y tú me llamarás bajo otros besos!

VI

¡Qué tarde nos hallamos, vida mía!
Se deshojaron nuestras primaveras...
Yo era el que tú soñabas y tú eras
la visión que en mis sueños perseguía.

Tarde, mi bien, nos hemos encontrado...
Fué inútil el afán de nuestro empeño...
Sólo podemos hoy llorar el sueño
que yace en nuestras almas enterrado.

Nuestros labios á Dios en vano imploran...
Nuestros sueños en polvo se han disuelto...
Somos dos padres que abrazados lloran,

maldiciendo el rigor de la fortuna,
junto al cadáver de su hijo envuelto
en los pañales de su propia cuna!

V

Sin ti la vida es hoy un calabozo
donde me encierro vivo con mis penas
Son mis horas un trágico sollozo
y un arrastrar continuo de cadenas.

Desde que no me miras está ausente
el sueño de mis ojos, y violento
ensangriento los muros con mi frente
para acabar con este sufrimiento.

Sin la esperanza es el dolor eterno.
Conozco las angustias del precito
sin haber descendido hasta el infierno.

Y si llegas á verme, no te asombre
si junto á mi cadáver ves escrito
con sangre en la pared, tu propio nombre,

VIII

Sin tu amor la existencia es tan odiosa,
con tal rigor mis plantas encadena
que pienso en el olvido de la fosa
como único remedio de mi pena.

Sin el sol de tus ojos todo es triste;
sin tus besos el mundo es un desierto,
y comprende mi amor, desde que huiste,
que se puede vivir estando muerto!

De mi recuerdo vivirás cautiva
aullando de dolor como una loca;
buscándome en las sombras de tu espanto.

Tú también eres una muerta viva
¡muerta para mis brazos y mi boca,
viva para mis celos y mi llanto!

IX

Estoy á tu recuerdo tan ligado
que en su torre de amor vivo cautivo,
sin que jamás saber haya logrado
si tú vives en mí ó si en ti vivo.

Dudo si estoy mirando tu agonía
ó si al desfile de mi entierro asisto...
No sé si eres la misma que vi un día
ó si eres otra que jamás he visto!

Ni aun sé por qué te amo, ni sé nada...
Desde que hundí mi vida en tu mirada
como en las oquedades de un abismo,

perdí toda noción de la existencia,
y vago en una extraña somnolencia,
sin saber si soy otro ó soy el mismo.

X

Todo está silencioso. Nadie pasa
por la calle. Tan sólo el viento zumba...
Sin tus alegres pasos esta casa
tiene el hondo silencio de una tumba!

En vano fuera, resplandece el día...
Yo gimo siempre en su negror cautivo...
Es una tumba impenetrable y fría
donde tu ausencia me ha enterrado vivo!

Me falta aliento y luz. El aire es como
una pesada lápida de plomo
que ahoga mis voces y me aplasta el pecho...

La obscuridad me sirve de mortaja,
y al acostarme, siento sobre el lecho
esa angustia asfixiante de la caja!

XI

¿Por qué me abandonaste? ¿Por qué huiste
del presagio agorero de mi suerte?
Sin ti la vida, para mí, es tan triste
que prefiero á tu olvido el de la Muerte!

¿Qué haré solo, perdido en los desiertos,
donde mi planta inútilmente yerra?
Siento una gran envidia de los muertos
porque todo lo olvidan bajo tierra!

Mi triste labio sin querer te nombra;
camina tu recuerdo con mi sombra...
Siempre en mis soledades me acompañas,

y hasta en la brisa tu perfume bebo,
¡y cómo he de olvidarte, si te llevo
como á un hijo, metida en mis entrañas!

XII

Hoy siento una hosquedad y un desaliento
tan grandes que me cansa hasta moverme...
Ser hoja seca y entregarme al viento
y en las sendas más lóbregas perderme.

Mi vida es un suspiro que no acaba
de salir de mis labios... Una herida
mortal... Sólo tu afecto me ayudaba
á soportar las penas de la vida.

¡Y también tú te has ido! Abandonado,
vivo de los recuerdos del pasado,
porque el lejano porvenir me aterra...

Sin ti ¿á dónde moveré la planta?
¡Vuelve por Dios, que sin tu amor, me espanta
dormir bajo el olvido de la tierra!

XIII

A estas horas también te despertabas,
y resbalando sigilosamente,
como una madre á un niño me besabas
apartando los rizos de mi frente.

Y yo, fingiendo á veces que dormía,
conteniendo el latido de mi pecho,
por entre las pestañas te veía
rozar mis labios y saltar del lecho.

E inmóvil me quedaba, contemplando
la gracia de tu cuerpo blanqueando
en la azulosa claridad de perla

que proyectaba la naciente aurora...
¡Oh, pobre alma inconsolable, llora,
porque quizás no volverás á verla!

XIV

Acaso en esta hora, desde alguna
ventana de tu encierro, sollozando
por mi dolor, contemplarás la luna
mientras yo la contemplo en ti pensando.

Penetra hasta mi lecho su serena
lumbre y los blancos cortinajes dora,
y al contemplar mis lágrimas, de pena
parece que también la luna llora...

¡Cuántas veces los dos la contemplamos,
y oprimiendo las manos enlazadas,
bajo su luz de plata nos besamos!...

Y temblando en mis brazos ¡cuántas veces,
bajo sus claridades plateadas
suspiraron de amor tus palideces!

XV

Sin tu presencia todo me entristece
del más hosco dolor como cautivo,
y esta casa es tan triste, que parece
sepulcro donde me enterraste vivo.

Aún el aire está húmedo, impregnado
por las lágrimas de la despedida,
y hasta el reló de pena se ha parado
en la hora fatal de tu partida.

Esta profunda soledad me espanta...
Siempre el sollozo hinchando la garganta...
Todo mi corazón es un suspiro

que se va... Y es tan hondo mi quebranto,
que si al espejo al sollozar me miro
su límpido cristal se empaña en llanto.

Amor, llegó la hora
de la separación...
(¡Gotas de sangre llora,
corazón!)

La copa está vacia...
Nada nos queda que beber...
(¡Oh, divino rosal de mi alegría,
no volverás á florecer!)

¡Adiós, amor! No llores...
¡Ha muerto ya la juventud!
(¡Como ya no podrás cantar amores,
rompe, poeta, tu laúd!)

Amor y Juventud son dos gemelos;
nacen y mueren á la par los dos...
(¡Oh, pobre corazón, muere de celos!...
¡Dale á la vida tu postrer adiós!)

Si se murieron las abejas
al ver sin flores el verjel,
¡ay, corazón! ¿por qué te quejas
de que el panal no tenga miel?

Está desnuda la enramada...
Pasó la hora de cantar...
(¡Cayó mi espíritu en la Nada
como una lágrima en el mar!)

¡Amor, llegó la hora
de la separación!...
(¡Gotas de sangre llora,
corazón!)

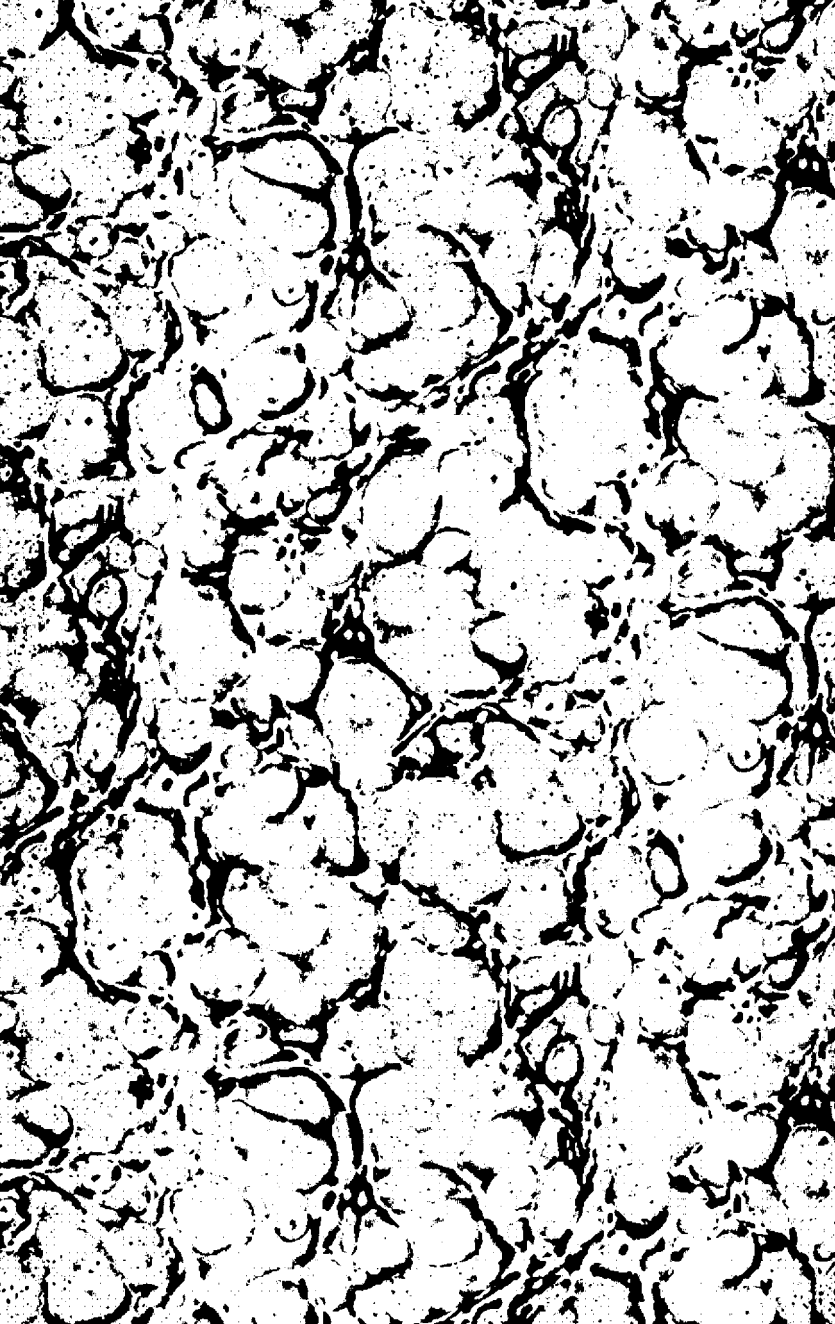
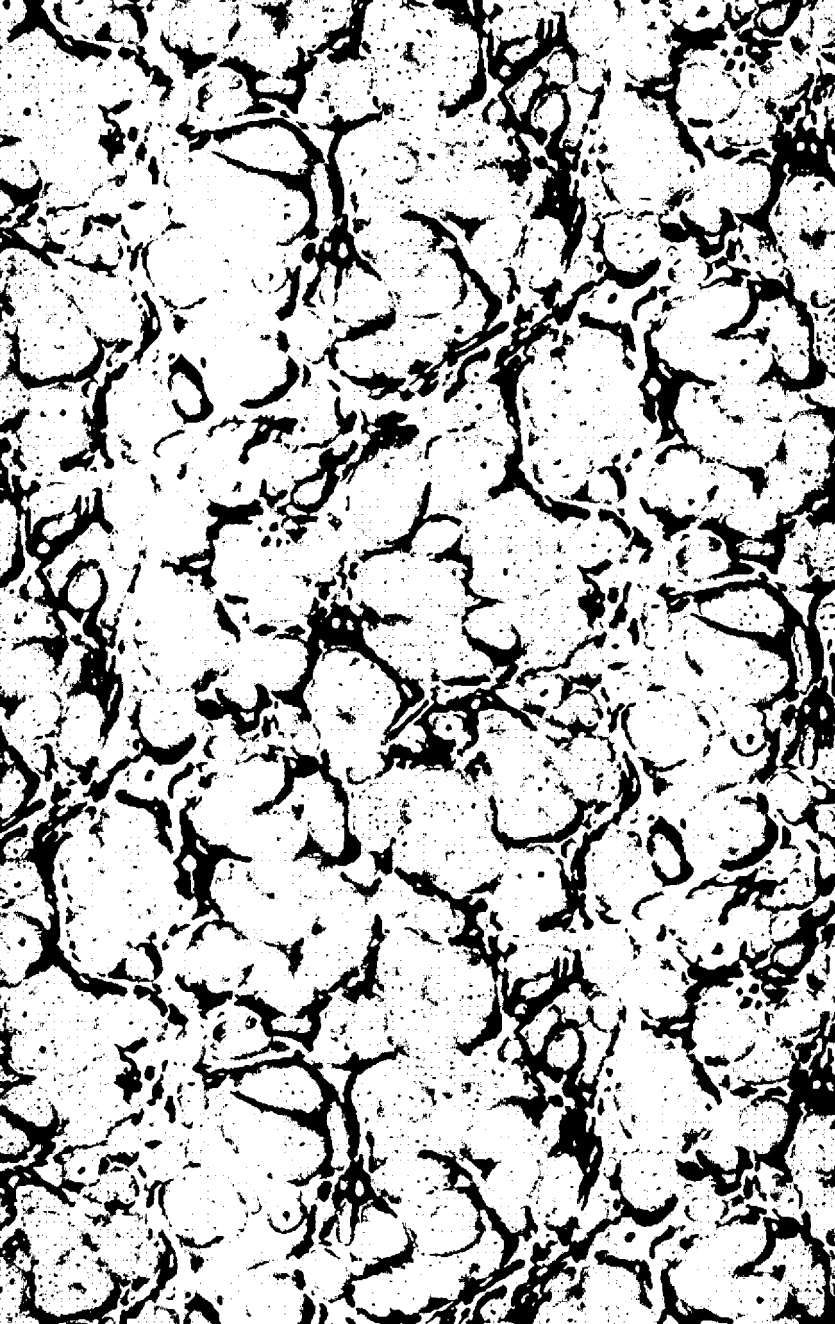
FIN

INDICE

BIBLIOTECA ARTURO ROSSELLÓ

Páginas

Prólogo 5
El balcón de Verona 15
Púrpuras solares 21
Las quimeras perdidas 67
Para los collares de Julieta 85
Los viejos trofeos 115
Lejos de Julieta 131
La última cita de Romeo 163

FRAN-
CISCO
VILLA
ESPÓN
EX-
LIBRIS

ACABÓSE
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EL XXV DE MARZO DEL AÑO MCMXII
EN LA IMPRENTA HELÉNICA,
PASAJE DE LA ALHAMBRA,
NÚMERO 3,
MADRID